

Ariel



**AIMEE
NEZHUKUMATATHIL**

Un mundo asombroso

**Elogio de las luciérnagas,
tiburones ballena y otras
maravillas**

A LA VENTA EL 15 DE JUNIO

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

**Crónica de una sensibilidad estética y una reflexión lírica
acerca de la belleza de todo lo que nos rodea**

Para ampliar información, contactar con:
ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área Ensayo)
659 454 180/ iprieto@planeta.es

SINOPSIS

Una deliciosa colección de ensayos sobre el mundo natural que nos revela cómo los animales y las plantas pueden enseñarnos e inspirarnos.

De niña, Aimee Nezhukumatathil vivió en distintos lugares: Kansas, Arizona, Nueva York, Ohio... Pero, por mucho que le costara encajar o por muy amenazante que fuese el entorno, siempre tuvo como guías a las criaturas que habitan la Tierra. Mediante una prosa poética de una enorme riqueza, la autora nos descubre a los seres más enigmáticos y nos deja entrever las maravillas y rarezas que nos rodean. El ajolote nos enseña a sonreír a pesar del dolor, la nomotoques nos ayuda a librarnos de proposiciones indeseadas, mientras que el narval nos muestra que es posible sobrevivir en ambientes hostiles. Incluso en lo extraño y lo desagradable, Nezhukumatathil encuentra belleza y afinidad.

Cargado de poesía y bellamente ilustrado por Fumi Mini Nakamura, *Un mundo asombroso* es una sutil y exquisita obra sobre la diversidad y nuestra capacidad de ver y comprender el planeta en el que vivimos.

LA AUTORA

AIMEE NEZHUKUMATATHIL

es poeta y profesora de Lengua Inglesa y Escritura Creativa en la Universidad de Mississippi. Autora de cuatro poemarios, ha sido galardonada con el Mississippi Institute of Arts and Letters Award, el Pushcart Prize y las becas de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, el National Endowment for the Arts y el Mississippi Arts Council. Sus escritos han aparecido en las antologías de la *Best American Poetry* y en medios como *The New York Times Magazine*, *Poetry*, *Ploughshares* y *ESPN*, entre otros. Este es su primer libro de ensayo, finalista del Premio Kirkus.



EXTRACTOS DE LA OBRA

NUEZ DEL MAR

Mertensia ovum

«[...] Algunos de los espectáculos luminosos más vibrantes del planeta no surgen de la tierra ni del aire, sino del océano. Con el pulso y la ondulación de la nuez de mar, cientos de miles de cilios crean arcoíris en miniatura incluso en las zonas oceánicas tropicales y polares más oscuras. Esta explosión de color lleva a personas de toda la costa este de las dos Américas a sostener en las manos estas criaturas del tamaño de una nuez. Pero ¡no deberíais hacerlo! La mayoría son tan delicadas (más finas que la más fina de las lentes de contacto) que se desintegrarán en vuestra palma. Si queréis ver una de cerca, introducidla en un tarro de cristal y observadla allí. Y después, claro está, devolvedla con cuidado al mar.

La nuez de mar es una criatura exquisita. No pica y en realidad no es una medusa. Pertenece a otro filo, el de los ctenóforos. Puede ser tan pequeña como un grano de arroz o puede superar el metro veinte de ancho, lo bastante grande (en teoría) para engullir entero a un niño gordito de unos siete años. Pero no lo hará, porque está demasiado ocupada haciendo ondear esos cilios que parecen cabellos, demasiado ocupada comiendo huevas de diversos peces y demasiado ocupada comiéndose otras nueces de mar.»

AJOLOTE

Ambystoma mexicanum

«El ajolote también se conoce como pez caminante mexicano, pero en realidad no es un pez, sino un anfibio. Los ajolotes son de los únicos anfibios que se pasan la vida entera bajo el agua. También son los únicos anfibios neoténicos, es decir, que no atraviesan un proceso de metamorfosis. Los ajolotes son de distintos colores, dependiendo de cuál de los tres cromatóforos que se conocen heredan: iridíforo (que hace que la piel del ajolote sea iridiscente), melanóforo (que los dota de un tono marrón pantanoso) y xantóforo (que les proporciona una bonita tonalidad de un rosa dorado).»

«Ancha y apretada, la sonrisa del ajolote va de un extremo del rostro del anfibio al otro, curvándose ligerísimamente hacia arriba en ambos extremos.

Quizá la segunda peculiaridad del ajolote, por detrás de la sonrisa, sean las branquias externas en los apéndices que se despliegan en abanico en la parte posterior de la cabeza, tres a cada lado, como una extravagante corona de plumas de color fucsia que se extiende desde el cuello. El ajolote suele crecer hasta que mide poco más de treinta centímetros y se alimenta de toda clase de gusanos: de sangre, de la cera, lombrices de tierra. También le gustan las larvas de insectos, los crustáceos e incluso los peces pequeños, si los puede encontrar.



A los científicos les ha dado por estudiar a los ajolotes por las propiedades regenerativas de sus extremidades, únicas en el mundo animal, ya que al parecer estos animales nunca forman cicatrices para cerrar una herida. Los ajolotes pueden reconstruir incluso una mandíbula rota. En experimentos recientes los científicos les han aplastado la médula espinal y hasta eso se regenera. Según la revista de divulgación científica *Scientific American*, a un ajolote se le puede cortar una extremidad por cualquier punto —muñeca, codo, parte superior del brazo— y simplemente le crecerá otra.»

«Es especialmente devastador que los fundadores de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza hayan determinado que ya no quedan ajolotes en estado salvaje. ¡Ninguno! Los ajolotes salvajes solían nadar en abundancia en dos lagos de México, pero no se tiene constancia de que se haya encontrado ningún ajolote salvaje desde 2013. Uno de los lagos se desecó como resultado del crecimiento de la población humana —el crecimiento en Ciudad de México— y el otro se ha visto infestado de carpas recientemente, unos peces que engullen huevas de ajolote como si fuesen M&M. Ahora los ajolotes se encuentran en acuarios y tiendas de productos para animales, donde se venden como mascotas.

A pesar del semblante aparentemente sereno del ajolote, que a menudo engaña a la gente para que crean que es mono y que quizá se sienta un tanto cohibido, los ajolotes son bastante entusiastas —a veces incluso caníbales— en lo tocante a sus hábitos alimentarios. Pero la naturaleza tiene su forma de ponernos sobre aviso para que nos mantengamos alejados y los admiremos desde una distancia prudencial o detrás de un cristal: las patas delanteras del ajolote no terminan sin más con dulces estrellas rosas propias de *millennials*, sino que son garras diseñadas para ayudar al ajolote a comer carne. Y cuando coma y lo ponga todo perdido, cuando coja un ovillo de gusanos de sangre y se los meta en la boca, comprenderéis cómo aprende una galaxia a girar en la oscuridad y cómo empieza a crecer y crecer.»

CALAMAR VAMPIRO

Vampyroteuthis infernalis



«En aguas profundas, sumido en la perpetua noche eléctrica de la columna de agua —un lugar donde la luz del sol no marca el tiempo ni ilumina filamentos plateados—, el calamar vampiro se desliza en busca de comida a base de nieve marina. Estos trocitos muertos de caspa del océano son en realidad las partículas en descomposición de animales que murieron cientos de metros por encima de la zona batial. El calamar vampiro atrapa esta nieve con dos largas cintas de piel que se encuentran separadas de sus ocho tentáculos. Si tiene hambre de verdad enfoca con sus enormes ojos una luz, la tentación de algo de mayor tamaño: un pez pelícano, quizá, o un rape abisal que atraviesa las negras aguas. Los ojos del calamar son del tamaño de una canica grande. Aun así, con relación a su cuerpo, son los más grandes de todos los animales del planeta.

Si el calamar se siente amenazado o quiere desaparecer, tal vez ninguna otra criatura del océano sea capaz de expresarlo con un espectáculo más deslumbrante y efectivo al mismo tiempo. Cuando el calamar vampiro se propulsa para alejarse, cada una de las puntas de sus brazos irradia luz y se mueve en distintas direcciones, confundiendo a cualquier depredador. Para efectuar una huida más rápida incluso, el calamar se sirve de la propulsión a chorro batiendo sus aletas hacia abajo, hacia su manto; simultáneamente lanza un chorro de agua por el sifón, mientras mantiene todos los brazos en una dirección. En el siguiente braceo, el calamar levanta los brazos por encima de la cabeza en lo que se llama “posición de piña”. La cara interna de sus brazos está revestida de minúsculas estructuras parecidas a dientes y llamadas “cirros”, que parecen colmillos listos para merendarse a cualquier cosa que lo quiera perseguir.

Como si eso no bastase para ahuyentar a un depredador, el calamar vampiro expulsa una nube pegajosa de moco luminiscente en lugar de tinta. El arabesco de luz solidificado desconcierta temporalmente al depredador, que al final no sabe dónde o qué morder, y mientras tanto el calamar vampiro se aleja zumbando, poniendo metros de por medio. Es como si estuvieseis persiguiendo a alguien y ese alguien se detuviera, se diera la vuelta y os lanzase a la cara un cubo de grandes lentejuelas verdes viscosas.»

TIBURÓN BALLENA

Rhincodon typus

«Cuando el instructor de buceo gritó “¡Tripaaa!”, mis piernas se levantaron aterrorizadas y mi cuerpo hizo lo que pudo para adoptar la forma de un crep. Pero, puesto que estaba flotando en la superficie del tanque Ocean Voyager del Acuario de Georgia, de más de veinte mil metros cúbicos de agua, y puesto que tenía los oídos dentro del agua, la orden sonó más como “¡driibaaaaaa!”. Escasos minutos antes, nos habían advertido una y otra vez a los que habíamos sido invitados para hacer esnórquel: “Si me escucháis gritar ‘Tripa’, significa que tenéis a un tiburón ballena nadando justo debajo de vosotros. Meted tripa para no rozarle el lomo con el vientre”. Casi no me podía creer que un animal más largo y ancho que un autobús escolar (¡y que pesa más que uno completamente lleno!) se dirigiese nadando hacia mí. Di por sentado que me tragaría entera con esa bocona abierta.

Era improbable, por supuesto —el tiburón ballena solo come plancton y trocitos de gamba y su esófago es del tamaño de una moneda de un cuarto de dólar—, pero lo vi con claridad meridiana [...]. Sin embargo, en el ultimísimo instante, justo antes de que pensara que se iba a estrellar contra mí, el tiburón ballena descendió lo suficiente para no tocarme, aunque las aletas dorsales casi me rozaron el vientre del traje de neopreno. Si hubiese querido, podría haber bajado la mano para acariciarle el moteado lomo cuando el instructor no miraba, pero estaba demasiado aterrorizada para hacer otra cosa que no fuera flotar, meter barriga y arquear la espalda todo lo posible mientras intentaba no estorbar al tiburón.

Fue como si el animal estuviese jugando conmigo: como si quisiera asustarme solo lo bastante para hacerme saber quién era la reina de ese tanque. El tiburón repitió los cercanos encuentros conmigo varias veces más durante mi sesión de esnórquel, aunque en el tanque había cinco buceadores más y dos instructores. Cada una de esas veces yo veía que sus enormes ojos, curiosos como los de un spaniel, dirigían su mirada hacia mi máscara.»

PÁJARO ESTACA

Nyctibius griseus

«En Mississippi verano equivale a mosquitos. También equivale a tomates, a mosquitos, a melocotones, a humedad, a fresas y a mosquitos. Principalmente a mosquitos. Conté cinco mientras estaba sentada en el porche, tomándome un café a las siete y media de la mañana. ¡Lo que daría por tener un pequeño pájaro estaca (o tres) en el jardín trasero para que atrapara a esos bichejos sedientos de sangre!

Pero el pájaro estaca solo vive en América Central y del Sur, donde devora a los susodichos mosquitos y termitas. De adultos, los pájaros estaca miden poco más de treinta centímetros y tienen un cuello grueso y unos ojos amarillos enormes que parece que acaben de ser testigos de un accidente de coche con muchos cristales rotos. Las patas y los tarsos también son de un amarillo vivo, pero lo que la gente recuerda más son los semáforos que tienen por ojos.

Hay quien se refiere a esta ave como poco más de una boca y unos ojos con alas, pero en las húmedas selvas del hemisferio sur los pájaros estaca son auténticos maestros del disfraz. Estas aves son nocturnas y están tan seguras de su destreza en el arte del camuflaje que duermen a plena luz del día. Cierran los enormes ojos, inclinan la cabeza hacia el árbol y colocan sus crípticas plumas para que parezcan una rama rota, de tal modo que hasta a la vista más aguda le cuesta discernir qué es árbol y qué es ave. Solo un erizar de plumas causado por el viento delata esa inmovilidad sobrenatural. Incluso cuando tienen hambre, se limitan a esperar a que pasen volando cerca insectos para salir disparados y volver a su rama con su presa.

Los pájaros estaca son una de las pocas aves que no construyen nido: machos y hembras calientan por turnos un único huevo blanco con manchas de color púrpura depositado en la oquedad de una rama. Cuando nace el polluelo, sus plumas son de un blanco níveo, y cuando el pequeñín crece demasiado para ocultarse de manera segura bajo uno de sus padres aprende a quedarse inmóvil para parecerse a un racimo de champiñones blancos.»

PULPO

Octopus vulgaris

«Naturalmente todos hemos oído hablar de la inteligencia del pulpo, pero es muy probable que no lleguemos a entender nunca del todo lo listos y sensibles que son. Cada brazo de un pulpo forma un asterisco que bien podríamos aplicar a cualquier afirmación que efectuemos ahora sobre su inteligencia. Su cerebro se encuentra justo detrás de los ojos, en lo que en realidad es el cuerpo, no la cabeza, y cada vez que el pulpo devora un tentempié a base de cangrejo o berberechos, si es preciso el cerebro se puede dar de sí para hacer sitio al esófago. Los pulpos son de los pocos animales que se pueden encontrar desplazándose a toda velocidad y deslizándose por todos y cada uno de los océanos del planeta: Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico. Se sabe que se pasean por todas partes, desde las aguas pelágicas cercanas a un litoral hasta a casi dos mil metros bajo la superficie, junto a las fuentes hidrotermales de las profundidades.»

«La hendidura horizontal de los ojos de los pulpos es una puerta que nos juzga. Estoy segura de que nosotros, los seres humanos, la estamos liando a base de bien, de que en tan solo unas décadas en los océanos no podrá nadar nadie, ningún animal. La pupila del pulpo permanece paralela, quieta como una balsa en aguas tranquilas —aunque dé volteretas bailongas—, nunca se pone vertical, como la de un gato. Y la piel que rodea estos asombrosos ojos es maravillosa, ya que el pulpo tiene la capacidad de formar pestañas o bigotes espontáneamente para protegerse si se siente amenazado. Pero, aunque hagáis que a un pulpo le crezcan pestañas,

podéis estar seguros de que sus ojos seguirán clavados en vosotros; vosotros, criaturas cuyos brazos carecen de redes neuronales o receptores del sabor, y no tienen ni una sola de las trescientas ventosas que recorren cada uno de los brazos del pulpo en toda su extensión. Estas ventosas contienen alrededor de diez mil neuronas que detectan la textura, la forma y, sobre todo, el sabor. Qué locura sería tener una ventosa, aunque solo fuese una, en la palma de las manos. ¡Solo una! Durante un instante uno se plantea que el pulpo debe de sentir algo parecido a la pena por nosotros debido a esta carencia nuestra.»

LUCIÉRNAGA ORIENTAL

Photinus pyralis

«No hace mucho, sin embargo, diecisiete alumnos en una clase de veintidós me dijeron que nunca habían visto una luciérnaga: creían que bromeaba, que me estaba inventando un insecto. De manera que les pregunté qué hacían para divertirse en ese rosa crepuscular que precede a la cena. Cuando yo crecía, jugábamos al *kickball* o al pillapilla, montábamos en bici, hacíamos cualquier cosa, la verdad, hasta que mis padres encendían la luz del porche. Pero la respuesta más común de los alumnos fue: jugar a los videojuegos y ver películas. Dicho de otro modo, siempre estaban en casa. Y por lo general delante de una pantalla.

2019 fue un año estupendo para las luciérnagas en gran parte del Medio Oeste y la costa este. La cantidad perfecta de lluvia en primavera unida a un invierno no demasiado severo dio lugar a un despliegue deslumbrante durante la temporada alta de luciérnagas: de mediados de junio a mediados de julio. Pero no os equivoquéis: los científicos insisten en que, aunque se puede dar un recuento elevado de escarabajos en un año atípico, la población general de más de dos mil variedades continúa disminuyendo debido a los pesticidas que se utilizan en los jardines y la contaminación lumínica. Debido a este descenso en la población —y a pesar de él—, artistas del mundo entero parecen decididos a captar la belleza de estos insectos, quizá para que en un futuro nos sirva de recuerdo de lo que un día tuvimos en abundancia.

[...] Diecisiete alumnos de veintidós nunca habían visto una luciérnaga. Nunca habían oído hablar de ellas. Nunca habían atrapado una para meterla en un tarro de mermelada, nunca habían visto brillar una en sus manos sudorosas. Esa era una localidad de las afueras en la que las luciérnagas suelen llenar a rebosar los bordes de carreteras menos frecuentadas. Y esos niños no son los únicos. De mis alumnos, el número de los que son capaces de distinguir, por ejemplo, una hoja de arce de una de roble también ha disminuido en mis clases de escritura sobre medio ambiente en el ámbito universitario. No es posible que este descenso generalizado de conocimientos sobre la naturaleza sea una coincidencia.

¿Qué se pierde cuando uno crece sin saber el nombre de las distintas variedades de luciérnaga?»

«En mi caso lo que una única luciérnaga es capaz de hacer es esto: puede iluminar un recuerdo que creía perdido hacía tiempo en bordes de carretera infestados de zanahoria silvestre y solidago, con una tarta de melocotón enfriándose en el alféizar de una casa lejana. Podría hacerme sentir que vuelvo a una reunión de seres queridos que están cenando a orillas del mar en una isla griega, escuchando el canto de las cigarras y con una leve brisa arrancando susurros a los árboles de la seda. Una única luciérnaga podría ser la chispa que nos devuelve al jardín trasero de nuestra abuela para que permanezcamos a la escucha de chotacabras cuerporryn; la chispa que nos devuelve a esa zambullida en un riachuelo helado, con el pantalón vaquero enrollado hasta la rodilla, hasta que temblamos y proferimos un grito ahogado, con los dedos de los pies completamente arrugados. En esa chispa hay una desaceleración y ternura. Escuchad: *boom*. ¿Lo oís? El casuario sigue intentando decirnos algo. *Boom*. ¿Habéis visto eso? Una única luciérnaga también trata de hacer eso. Una luz tan pequeña para una labor tan

considerable. Su luminiscencia bien podría ser la chispa que nos recuerde que hemos de dar un más que necesario viraje —un movimiento, un giro y cambio— hacia la apreciación de este magnífico y asombroso planeta. *Boom, boom*. Podríais pensar en el latido de un corazón: el vuestro. El de un niño. El de otra persona. O el corazón de una cosa. Y, en esa desaceleración, podríais pensar que eso se parece al amor. Y estaríais en lo cierto.»

ÍNDICE

1. Catalpa	13
2. Luciérnaga	21
3. Pavo real	27
4. Nuez de mar	32
5. Nometoques	37
6. Cucarachero desértico	40
7. Narval	47
8. Ajolote	55
9. Rana danzarina	61
10. Calamar vampiro	67
11. Monzón	72
12. Flor cadáver	83
13. Macaco coronado	88
14. <i>Calendars poetica</i>	92
15. Tiburón ballena	99
16. Pájaro estaca	107
17. Naranja dulce	112
18. Pulpo	117
19. Cacatúa ninfa	122
20. Fruta del dragón	127
21. Flamenco rojo	130
22. Anguila de listón azul	137
23. Preguntas que surgen mientras busco pájaros con mis hijos mestizos, de seis y nueve años	143
24. Ave del paraíso soberbia	149
25. Tritón del este	154
26. Casuario común	161
27. Mariposa monarca	167
28. Luciérnaga oriental (reeditado)	171
<i>Agradecimientos</i>	177

Para ampliar información, contactar con:
ITZIAR PRIETO (Responsable de Comunicación Área Ensayo)
659 454 180/ iprieto@planeta.es